

lo futuro y abrigar cierta esperanza de que se le perdonasen las culpas, si volvía con sincera fe al seno de la religión. Sucedió, pues, aquella mañana solemne, que tres señoras de la calle *Saint-François* y de la *Vieille-Rue-du-Temple* se introdujeron en el salón donde las recibía todos los martes la señora Crochard. Relevándose, una de ellas dejaba su asiento para ir á la cabecera de la cama, acompañar á la pobre vieja y darle esos fingidos ánimos con que se arrulla á los moribundos. Cuando la crisis fatal les pareció próxima, porque el médico á quien se llamó la víspera no respondía ya de la viuda, celebraron consejo las tres damas para acordar si debía ó no llamarse á la señorita de Bellefeuille. Consultada previamente Francisca, se decidió que corriese un propio á la calle Taitbout para prevenir á la pariente cuya influencia parecían temer tanto las cuatro mujeres; abrigaron empero la presunción de que el auverniano llegaría ya tarde con la persona que tan profundamente participaba de los afectos de la señora Crochard. La viuda, que gozaba seguramente de mil escudos de renta, no fué tan bien atendida por el trío femenino, sino porque ninguna de sus buenas amigas, incluso Francisca, conocía á ningún heredero. La opulencia en que vivía la señorita de Bellefeuille, á quien la vieja daba el dulce nombre de hija, por resabios de sus usos en la antigua Opera, autorizaba hasta cierto punto el plan formado por estas cuatro mujeres para partirse los bienes de la agonizante.

No tardó en aparecer la sibila que se hallaba de guardi en la alcoba, y traía el aire inquieto y receloso.

—Ya es tiempo —dijo— de ir en busca del abate Fontanón. Antes de dos horas no tendrá ni la cabeza firme ni fuerzas para escribir una sola palabra.

Salió, pues, la desdentada doméstica con la comisión, y volvió á poco acompañada de un hombre que vestía levita negra.

La frente estrecha anunciaba que se distinguía el cura por su mezquino espíritu; su rostro era vulgar, y sus mejillas, anchas y colgantes como la doble barba, hablaban muy alto de un ser que era egoísta en extremo. Los empolvados cabellos le daban un aire repulsivo, tanto más cuanto que los ojos oscuros, pequeños, hundidos, hubiesen sentado perfectamente bajo las cejas de un tártaro.

—Señor abate—le decía Francisca, — doy á usted las

gracias por sus consejos; pero no olvide usted que he cuidado con mucho interés á la señora.

La criada, que seguía con el paso tardo y poniendo una cara muy afligida, interrumpió su recomendación viendo que estaba la puerta á medio cerrar y que la más insinuante de las tres nobles ancianas se había apostado en la meseta de la escalera para hablar antes y con tiempo al confesor. Cuando el clérigo hubo sufrido las tres andanadas de discursos piadosos y suplicantes de las amigas de la viuda, fué á sentarse á la cabecera del lecho, donde sufría las angustias de la muerte la señora Crochard. Por decencia y por moderación, permanecieron las damas y la sirvienta en el salón, entretenidas en hacer muecas de desolado sentimiento, que sólo caras tan llenas de arrugas como las suyas podían fingir con toda perfección.

—¡Pero será desgracia la mía!—murmuró Francisca exhalando un suspiro.—La cuarta vez que paso por la tristeza de enterrar á mis señoras. La primera me dejó cien francos de pensión, la segunda cincuenta escudos, y la tercera mil á toca teja. He ahí todo mi tesoro después de treinta años de servicios.

Aprovechóse Francisca de todos sus derechos y ventajas para ir y venir con el objeto de acercarse á una puerta de escape desde donde podía oír al sacerdote.

—Veo con gusto —decía Fontanón— que no le faltan á usted sentimientos píos; lleva usted una santa reliquia...

Hizo la señora Crochard tan vago movimiento de cabeza, que no podía colegirse por él si estaba en sus cabales, pues á renglón seguido enseñó la cruz imperial de la Legión de honor. El cura retrocedió un paso al ver la faz del emperador; y en seguida se aproximó á su penitente, quien habló en voz tan baja, que nada pudo coger del coloquio la ladina criada.

—¡Maldición!—gritó de improviso la vieja.—No me abandonéis, señor. De modo, señor abate, que usted cree que también tengo que responder del alma de mi hija.

Hablaba tan bajo el sacerdote y era el tabique tan espeso, que Francisca continuó quedándose á oscuras.

—¡Ay de mí! El infame nada me ha dejado para que yo pueda disponer ahora. Cogió á mi pobre Carolina y me separó de ella, constituyéndome tres mil libras de renta cuyo capital pertenece á mi hija.

—La señora tiene una hija y sus rentas sólo son vitalicias—gritó Francisca volviendo al salón.

Miráronse con asombro las tres viejas. Una de ellas cuya nariz y cuya barba casi se tocaban por las puntas revelando con esto cierta hipocresía refinada y maliciosa, hizo un guiño con los ojos, y luego que la sirvienta volvió la espalda, expresó con el gesto á sus dos amigas: «Esta muchacha se escurre de las manos; como que se ha visto ya en tres testamentos». Así es que las damas continuaron sin moverse; pero cuando salió el abate, á la primer palabra que pronunció, las tres brujas bajaron casi saltando las escaleras detrás de él, remitiendo á Francisca la asistencia de su señora. Como redoblaran cruelmente los sufrimientos de la señora Crochard, tuvo la moribunda que llamar repetidas veces, para que la fámula se contentase al cabo con decir: «¡Eh, ya val ¡En... seguida!» Las puertas de los armarios y los cajones de las cómodas se abrían y cerraban como si estuviese buscando Francisca algún billete de la lotería perdido. Por fortuna, llegó la señorita de Bellefeuille en el instante en que la crisis tocaba á lo último. La joven se dirigió inmediatamente al lado de su madre prodigándole las más dulces caricias.

—¡Oh, pobre madre, y cuán criminal soy! Sufres y yo lo ignoraba, y mi corazón no me advertía...

—Carolina...

—¿Qué quieres?

—Me han traído á un cura.

—Pero si lo que hace falta es el médico. ¡Francisea, un médico! ¿Cómo es que no han enviado esas señoras en busca del doctor?

—Me han traído un cura—repitió la vieja suspirando.

—¿Cómo sufres! Y no hay ni una poción calmante; ¡nadá sobre la mesa!

Hizo la madre un signo imperceptible, pero que la mirada despierta de Carolina recogió, pues guardó silencio para que hablase.

—Me han traído un cura... entiendes, un confesor. Ten cuidado, Carolina—añadió la vieja figuranta, haciendo un último esfuerzo.—El sacerdote me ha arrancado el nombre de tu bienhechor.

—¿Y quién ha podido decírtelo, pobre madre mía?

Expiró la vieja cuando trataba de dar á su rostro un aire

malicioso. Si hubiese podido la señorita de Bellefeuille observar, en aquel trance duro, el rostro de su madre, hubiera visto lo que no vería nadie; hubiera visto reír á la Muerte.

Para comprender hasta qué punto es interesante la escena transcrita, será oportuno dar por un momento al olvido todos estos personajes, y fijarse en la relación de acontecimientos anteriores, el último de los cuales se relaciona con la muerte de la señora Crochard. Cuando se llegue á ese punto, formarán las dos partes una misma historia, que, por una particularidad de la vida parisiense, había sido origen de dos acciones diversas.

A fines de noviembre de 1805 bajaba un abogado joven, que frisaría con los veintiséis, la gran escalera del palacio donde vivía el canciller mayor del imperio. Eran las tres de la madrugada. Como había asistido á la fiesta de la corte en traje de baile, y nevaba, no pudo reprimir una exclamación angustiosa, donde resaltaba, sin embargo, la jovialidad que rara vez abandona á un francés. No vió, mirando por la verja del patio, ningún coche, ni oyó á lo lejos ninguno de esos ruidos que producen los zuecos y la voz ronca que caracteriza á los cocheros de París. De cuando en cuando azotaban el suelo los cascos de los caballos enganchados al coche del primer magistrado á quien el joven acababa de dejar junto á Cambaceres, y resonaban los golpes en el patio del hotel, que iluminaban apenas los faroles del carruaje. El joven volvió la cabeza, cuando estaba en estas aperturas, al sentir que le tocaban amigablemente en la espalda; reconoció al alto personaje y le saludó. El antiguo legislador de la Convención, detenido mientras el lacayo bajaba el estribo para que subiese, adivinó la perplejidad en que se hallaba el joven, y le dijo festivamente:

—De noche todos los gatos son pardos; el gran juez no se comprometerá si conduce á un abogado á su domicilio, sobre todo siendo el tal abogadillo sobrino de un viejo colega, una de las lumbreras del gran consejo de Estado que dió el Código de Napoleón á Francia.

El pedestre caminante subió á la carroza obedeciendo al gesto que hizo el jefe supremo de la justicia imperial.

—¿Dónde vive usted?—preguntó el ministro antes de que cerrase la portezuela el lacayo, que aguardaba órdenes.

—Malecón de los Agustinos, monseñor.

Partieron los caballos al trote y el joven se vió frente á frente del ministro, á quien había intentado inútilmente dirigir la palabra antes y después del espléndido banquete ofrecido por Cambaceres, pues el del Supremo lo rehuyó ostensiblemente durante toda la velada.

—Pues bien, señor *de Granville*. Hace dos años que ha dejado usted su país y tiene usted una carrera brillantísima.

—Mientras esté al lado de Su Excelencia...

—No me burlo; las defensas que ha hecho usted en el proceso *Simeuse* y *Hauteserre* le han colocado á envidiable altura.

—Hasta hoy he creído que mi abnegación hacia esos pobres emigrados me perjudicaba.

—Es usted demasiado joven—dijo el ministro gravemente, y añadió, después de una pausa:—Ha complacido usted mucho esta noche al canciller mayor. Entre usted en la magistratura; hacen falta allí hombres, y el sobrino de un ilustre, á quien Cambaceres y yo tratamos con vivo cariño, no puede continuar siendo abogado á secas y sin protección. Su tío nos ayudó á pasar los malos tiempos, y esa clase de servicios no se olvidan jamás.

El ministro volvió á guardar silencio. En seguida continuó:

—Dentro de poco tendré tres vacantes en el tribunal de primera instancia y en la cámara imperial de París; venga usted á verme entonces y escoja la que le convenga. Trabaje usted mientras tanto, pero sin pedirme audiencia. Por una parte estoy muy agobiado de trabajo y por otra los rivales adivinarían la intención, y fueran capaces de indisponerle á usted con su padrino. No queriendo decirle á usted nada esta noche, tanto Cambaceres como yo le hemos salvado de los peligros que trae consigo el influjo.

Deteníase el coche en los Agustinos cuando el ministro pronunciaba las últimas frases, y el joven bajó, dando las más expresivas gracias á su generoso protector por las plazas que acababa de ofrecerle. Llamó con furia á la puerta, porque el viento del norte soplabá que era un contento. Al cabo tiró del cordón el portero, y cuando pasaba por delante de la portería, le gritó con voz ronca:

—Señor Granville, hay carta.

Cogióla el interpelado, y trató de leer el sobrescrito, á pesar de que era demasiado helado el aire para detenerse, al resplandor de un farolillo que estaba en las últimas.

—Es de mi padre—dijo apoderándose de la palmatoria que á la postre consiguió encender el cancerbero, y subió rápidamente á su habitación donde se enteró de lo que sigue:

«Coge el correo, que si puedes llegar aquí con toda rapidez, tienes hecha la fortuna. Acaba de perder á su hermana la señorita Angélica Bontems, por cuya circunstancia queda convertida en heredera, y sabemos que no te mira con malos ojos. La señora Bontems puede dejarle cerca de cuarenta mil francos de renta, sin contar con la dote. Todo lo tengo preparado. Nuestros amigos se admirarán de ver que se alían con la citada familia unos nobles de abolengo. El buen Bontems ha sido un republicanote acaudalado, que poseía muchos títulos nacionales adquiridos á bajo precio. Pero hay que tener en cuenta que sólo se apoderó de los prados de los frailes, que no han de volver á levantar cabeza. Por otra parte, si has descendido ya haciéndote abogado, no veo la razón para que retrocedamos en la senda emprendida, concediendo algo más á las ideas que privan actualmente. La pequeña tendrá trescientos mil francos; yo te asigno cien; los bienes de tu madre importan próximamente cincuenta mil escudos, y por tanto, ya te veo en posición, querido hijo, si es que quieres entrar en la magistratura, de ser tan senador como cualquier otro. Mi cuñado, el consejero de Estado, no te ayudará tal vez si te portas así; pero como es soltero, su herencia te corresponderá algún día; si no fueses senador en vida de tu jefe, alcanzarías lo que dejase, puesto que debes sobrevivirle. Te encaminarías, pues, á buena altura para ver venir los acontecimientos. Adiós. Un abrazo.»

Acostóse de Granville forjando mil proyectos venturosos. Protegido poderosamente por el gran canciller, por el magistrado supremo y por su tío, uno de los que redactaron el Código, iba á inaugurar su carrera desde un puesto envidiado, ante la primer cámara del imperio, y viéndose miembro del tribunal donde Napoleón escogía los altos funcionarios de su corte. Como si eso no fuera bastante, le llovía una

fortuna bastante fuerte para ayudarle á sostener su rango, cosa á que no habría subvenido la mezquina renta de cinco mil francos que le proporcionaban unas tierras recogidas ya por él del patrimonio materno. Para completar sus sueños ambiciosos evocó la cara candorosa de la señorita Angélica Bontems, compañera de sus juegos de la infancia. Hasta que no estuvo en su pleno juicio, sus padres no se habían opuesto á la intimidad con que trataba á la linda muchacha; pero en los cortos intervalos de vacaciones, cuando volvía á Bayeux, hinchados por su nobleza, quisieron cortar la inclinación que seguía demostrando á la joven, y le prohibieron pensar en ella. Hacía, pues, diez años que Granville no había podido ver sino fugaces momentos á la que él llamaba su *pequeña mujer*, y entonces, á hurtadillas, recatándose de sus respectivas familias, apenas si consiguieron cambiar breves palabras al paso, dentro de la iglesia ó en la calle. Los ratos más felices que pasaron durante esta época fueron cuando, reunidos ambos por una de esas fiestas campestres llamadas en Normandía *asambleas*, pudieron contemplarse furtivamente y separados uno del otro. En el período de sus últimas vacaciones vió Granville dos veces á Angélica, y la mirada humilde y la triste actitud de su *mujercita* le demostraron que sufría el peso de no sé qué despotismo oculto. Había llegado á las siete á la administración de los Ordinarios de la calle *Notre-Dame-des-Victoires*, y halló por fortuna un asiento en el coche que sale á dicha hora para Caen.

No volvió á ver, sin sentir emoción profunda, el abogado los campanarios de la catedral de Bayeux. Como no había sufrido desengaños serios hasta entonces, abríase su pecho á todas las esperanzas risueñas que embellecen la edad juvenil. Concluido el prolongado banquete de bienvenida con que le obsequiaban su padre y los amigos, se acompañó al impaciente joven á cierta casa situada en la calle *Teinture*, que era muy conocida para él. Latía el corazón con acelerado impulso, cuando su padre, á quien seguían llamando en Bayeux conde de Granville, llamó rudamente á una puerta cochera cuya pintura verde se iba desconchando. Eran cerca de las cuatro de la tarde. Una criada joven que ostentaba en la cabeza un gorriño de algodón blanco, saludó á los dos señores, haciéndoles una cumplida reverencia, y respondió que sus amas habían ido á visperas y estarían pronto de vuelta. Entraron el conde y su hijo en una sala baja, pa-

recida al locutorio de un convento. Unos artesones de nogal pulimentado sombreaban esta pieza, alrededor de la cual, simétricamente colocadas, veíanse varias sillas y algunos sillones antiguos. La chimenea era de piedra y por todo adorno lucía un espejo verdoso, por cuyos extremos salían las retorcidas ramas de los candelabros fabricados en la época de la paz de Utrecht. Sobre el maderamen y enfrente de dicha chimenea vió el joven Granville un gran crucifijo de ébano y marfil rodeado de boj bendito. Aunque entraba la luz por tres ventanales que daban á un jardín cuyos cuadros uniformes estaban bordeados por largos surcos marcados por las plantaciones de boj, había en la sala tan dudosa claridad, que casi no se distinguían en el testero lateral tres cuadros religiosos que habían producido hábiles pinceles y que compararía indudablemente durante la revolución el viejo Bontems, el cual, como jefe del distrito que era, se atuvo siempre á lo que importaba á sus intereses. Desde el piso, cuidadosamente conservado, hasta los cortinajes de tela á cuadros verdes, brillaba todo con limpieza monástica. El corazón del joven se sintió involuntariamente oprimido al examinar el retiro en que vivía Angélica. El continuo frecuentar los brillantes salones de París y el torbellino de los goces que ofrece la capital había ido borrando con facilidad el recuerdo de la existencia sombría y pacífica que se lleva en provincias, y en esta ocasión el contraste fué tan vivo y rápido, que sintió una especie de conmoción íntima. Salir de una fiesta en el palacio de Cambaceres, donde la vida se manifestaba en toda su prodigalidad, donde los espíritus no hallaban límite á su horizonte, donde se reflejaba con tan vivos tonos la gloria imperial, y caer de repente en un círculo de ideas mezquinas, ¿no era lo mismo que verse transportado desde el alegre cielo de Italia á la fría Groenlandia? «Vivir aquí no es vivir», pensó examinando minuciosamente aquel cuarto propio de un metodista. El conde, advirtiéndole lo que pasaba en el alma de su hijo, le cogió de la mano, y, arrastrándole al pie de una reja por donde entraban aún algunos reflejos del sol, y en tanto que la criada encendía las bujías de los candelabros, procuró disipar las nubes tétricas que obscurecían su frente.

—Escucha, hijo mío; la viuda de Bontems es exageradamente devota. Cuando el diablo se hace viejo... ya sabes. Bien veo que las libres auras del bufete han oreado tu espí-

ritu, y se te descubre en la mueca que haces contemplando todo esto. Es preciso que sepas la verdad. Los curas han sitiado á la vieja, haciéndole creer que no se llega nunca tarde cuando se quiere ganar el cielo. Para tener más propicia la entrada, á san Pedro le compra las llaves. Va á misa todos los días, asiste á todos los oficios, comulga todos los domingos y se entretiene restaurando algunas capillas. Ha regalado tantos ornamentos á la catedral, albas y capas; ha recamado de tantas plumas los palios, que en la última procesión del Corpus era la multitud tan inmensa como la que asiste á las ejecuciones, atraída por el deseo de ver á los clérigos magníficamente ataviados y sus ornamentos como si estuvieran acabados de dorar. Resulta esta casa una verdadera tierra santa. Yo he impedido á la loca que ceda estos tres cuadros á la iglesia; un Domingo, un Corregio y un Andrés del Sarto, que valen mucho dinero.

—¿Pero Angélica...?

—Si no te casas con ella está perdida. Nuestros excelentes apóstoles le han imbuído la idea de ser virgen y mártir. No me ha costado poco esfuerzo despertar su corazón hablándole de ti, cuando he visto que se convertía en heredera; pero no se te oculta que una vez casado, la llevarás á París, y allí, las fiestas, las dulzuras de la luna de miel, el teatro y el vértigo de la vida parisiense la obligarán á relegar al olvido los confesionarios, los ayunos, los cilicios y las misas en que se amamantan exclusivamente estas criaturas.

—Pero las cincuenta mil libras de renta, que proceden de los bienes de la Iglesia, no volverán...

—En eso estamos—dijo el conde revelando en su fisonomía un aire maligno.—En consideración al casamiento, pues no ha halagado poco su vanidad la idea de injertar los Bontems en el árbol genealógico de los Granville, la susodicha madre lega en propiedad toda su fortuna á la niña, reservándose el usufructo. Por eso los clericales se oponen con todas sus fuerzas á que se realice el matrimonio. Pero he hecho que se publicasen las amonestaciones; todo está listo, y dentro de ocho días estarás libre de las garras de la madre ó de la de sus abates. Serás dueño de la muchacha más linda de Bayeux, una buena comadre que no te causará pesadumbres. Se ha visto muy mortificada, como dirían en su jerigonza, por los ayunos, por las oraciones y...—añadió en voz baja—por su madre.

Un golpe dado discretamente en la puerta impuso silencio al conde, quien creyó que iban á entrar las dos damas. Dejose ver un criadito que presentaba el aire muy preocupado; asustado al ver á los dos hombres, hizo un signo á la niñera que corrió á su lado. Vestía un chaleco azul de cortos falzones que caían sobre sus caderas y un pantalón rayado azul y blanco; llevaba los cabellos al rape y parecíase su figura á la de un monaguillo, tan bien reflejaba su cara el aire compungido hipócrita que tienen todos los que viven entre devotos.

—¿Sabe usted, señorita Gatiene, dónde están los libros para el oficio de la Virgen? Las damas del Sagrado Corazón hacen una procesión esta tarde en la iglesia.

—¿Hay para mucho, pequeño?—preguntó el conde.

—A lo más para una media hora.

—Vamos, pues, á ver la ceremonia; hay muy lindas mujeres—dijo el padre al hijo.—Una visita á la catedral no puede aburrirnos.

El abogado siguió á su padre con aire irresoluto.

—¿Qué tienes, hombre?

—Tengo, padre, tengo... que tengo razón.

—Nada has dicho aún.

—Sí, pero he pensado que guarda usted diez mil libras de renta, y que me las dejará usted lo más tarde posible, según es mi deseo; sólo que si me da usted cien mil francos para contraer un matrimonio estúpido, permítame que me contente con cincuenta mil para evitar una desgracia, y gozar, permaneciendo soltero, de una fortuna igual á la que pudiera aportarme vuestra señorita Bontems.

—¿Estás loco?

—No, padre mío; lo que ocurre es esto: que el gran juez me prometió anteayer una plaza en los tribunales de París. Cincuenta mil francos, unidos á lo que yo poseo, y á los rendimientos de mi destino, me proporcionarán una renta de doce mil francos. Ciertamente que tendré entonces proporciones, preferibles cien veces á una alianza tan pobre de felicidad como rica en fortuna.

—Bien se echa de ver que no has vivido bajo el antiguo régimen. ¿Acaso crees que nos ha estorbado á nosotros nunca la mujer?

—Pero, padre, hoy el casamiento...

—¡Ta! ¡ta!—interrumpió el conde.—Todo el lío con que

me aturden las orejas mis viejas camaradas ¿es, pues, cierto? ¿Nos ha traído la revolución costumbres que excluyen el buen humor,apestando á los jóvenes con principios engafiosos? Todo igual á mi cuñado el jacobino. Vas á hablarme, como si lo viera, de nación, de moral pública, de desinterés. ¡Oh, Dios mío! ¿qué sería de nosotros sin las hermanas del emperador?

Este viejo verde, á quien todavía llamaban los colonos de sus tierras el señor de Granville, dió fin á su perorata entrando por los pórticos de la catedral. No obstante la santidad del sitio, tarareó, mientras tomaba el agua bendita, un aire de la ópera *Rosa y Colds*, y luego guió á su hijo por las galerías laterales de la nave, deteniéndose en cada pilastra para examinar las filas de cabezas que se veían alineadas como lo están en la parada los soldados. Iba á principiarse el oficio particular del Sagrado Corazón, y las damas que pertenecían á este grupo se hallaban cerca del coro, por lo cual allí se encaminaron el conde y su heredero, arrimándose á uno de los pilares más oscuros, desde donde pudieron abarcar la masa entera de cabezas comparables á un prado lleno de flores. A dos pasos del joven Granville, una voz, que parecía imposible, por lo dulce, que saliera de garganta humana, entonó como el primer ruiseñor que suelta sus trinos después del invierno. Le acompañaban mil voces distintas de mujer junto con las del órgano, y á pesar de ello removió sus nervios como si acabasen de herirlos las notas demasiado ricas y vivas de la escala armónica. Volvió la cabeza el parisiense y vió á una criatura, cuyo rostro, á consecuencia de estar inclinado, perdíase bajo un ancho sombrero de tela blanca; pensó que sólo de ella pudiera venir tan clara melodía; creyendo reconocer á Angélica, no obstante la capa de merino oscuro que la envolvía, tocó suavemente al brazo de su padre.

—Sí, ella es—dijo el conde buscando en la dirección que le señalaba su hijo. Con el gesto indicó á una vieja, cuyos ojos profundamente surcados por un círculo negro habían descubierto ya á los dos hombres, sin que su mirada hipócrita pareciera moverse del libro de oraciones. Angélica levantó la vista hacia el altar, como aspirando los penetrantes perfumes del incienso que envolvía en sus nubes á las dos damas. Al resplandor misterioso que proyectaban en aquel recinto sombrío los ciriales, la lámpara de la nave y

algunas bujías encendidas en las pilastras, el joven descubrió un semblante que quebrantó sus propósitos. El sombrero de muaré encuadraba perfectamente la faz admirable en su armonía, por el óvalo que describiera la cinta de satén anudada bajo una barbilla que hacía más preciosa el hoyuelo. Sobre la frente estrecha, pero muy mona, partíanse en dos ondas los cabellos de oro pálido, cayendo alrededor de las mejillas como la sombra de follaje sobre un ramillete de flores. Estaban dibujados los dos arcos de las cejas con la corrección que se admira en los hermosos rostros de las chinas. La nariz, casi aguileña, presentaba una firmeza rara en sus contornos, y los dos labios parecían dos líneas rosadas que trazara amorosamente un delicado pincel. Los ojos, de un azul pálido, indicaban candor. Si notó Granville en aquella cara algo á manera de rigidez silenciosa, atribuyólo á la devoción que sentía entonces Angélica. Las santas palabras de la oración pasaban entre dos filas de perlas de donde lo frío del ambiente permitía ver salir como una nube de aromas. Trató, con involuntario impulso, el joven de inclinarse para respirar su aliento divino; pero al moverse atrajo la atención de la joven y su mirada se convirtió á Granville, á quien la obscuridad dejaba sólo ver de un modo indistinto, lo que no fué óbice para que reconociera al compañero de la infancia: un recuerdo más poderoso que sus plegarias dió á su tez un brillo sobrehumano: ruborizóse. El abogado tembló de alegría viendo que la esperanza del amor triunfaba de la esperanza en la otra vida, y que eclipsaban á la gloria del santuario los recuerdos terrestres; sólo que su triunfo fué efímero. Bajó Angélica el velo, adoptó una actitud severa y volvió á cantar, sin que el timbre de su voz acusara la emoción más leve. Granville sufrió la tiranía de un deseo único, furioso, y todas sus prudentes ideas se desvanecieron. Cuando hubo terminado el oficio estaba impaciente hasta tal punto, que sin aguardar á que las dos damas volbiesen á casa, corrió en seguida á saludar á su *mujercita*. El reconocimiento fué tímido por ambas partes y se hizo en el soportal de la iglesia, delante de los fieles. Se estremeció de orgullo la señora Bontems aceptando el brazo del conde de Granville, que, obligado á ofrecerlo á la vista de tanta gente, no pudo perdonar á su hijo la impaciencia poco culta de que había dado muestras. Durante los quince días que pasaron desde la presentación oficial del vizconde de Granville como

novio de la señorita Bontems, al día solemne de su casamiento, concurrió asiduamente al sombrío locutorio, que al fin no le extrañaba ya. El objeto de aquellas largas entrevistas era estudiar el carácter de Angélica, pues su prudencia resucitó por fortuna al otro día de haberse visto. La sorprendió casi siempre sentada delante de una mesilla de madera en que se hallaba la imagen de santa Lucía, y ocupada en marcar la ropa blanca de su ajuar. Angélica no rompía á hablar nunca de religión. Si el joven se complacía en jugar con el rico rosario contenido en una bolsita de terciopelo verde, si contemplaba riendo la reliquia, Angélica la cogía dulcemente de sus manos, dirigiéndole una mirada suplicante, y sin decir palabra la encerraba de nuevo en su sitio. Si Granville se aventuraba alguna vez á declamar maliciosamente contra determinadas prácticas religiosas, escuchábase la linda normanda oponiéndole una sonrisa en que se revelaba su convicción. «O no creer nada ó creer todo lo que la Iglesia enseña, respóndia. ¿Querías para madre de tus hijos á una doncella sin religión? no. ¿Qué hombre se atrevería á ser juez entre los incrédulos y Dios? Pues bien, ¿cómo puedo afean lo que la Iglesia admite?» Había tanta unción en los sentimientos caritativos de Angélica, tan profundamente ahondaban en su ser las miradas que le dirigía, que más de una vez se sintió tentado á profesar las creencias de su novia; la decidida voluntad que manifestaba para seguir por el recto camino despertó en el corazón del futuro magistrado algunas dudas que ella intentó alimentar en beneficio propio. Granville cometió entonces la irreparable tontería de confundir el influjo del deseo con el del cariño: porque, manifestó Angélica tanto agrado en poder conciliar sus deberes religiosos con el dulce afecto nacido en la infancia, que, confundido su amante, no supo apreciar cuál sentimiento de los dos era más fuerte en el espíritu de la que iba á ser su esposa. ¿Acaso los jóvenes no se inclinan siempre á fiar en las promesas de un lindo palmito, á juzgar la belleza del alma por la hermosura del rostro? Por impulso irresistible creen siempre que la perfección moral concuerda con la perfección física. Si la religión hubiera levantado en el pecho de Angélica una barrera contra sus inclinaciones amantes, hubiéranse luego secado en él como una planta rociada con un ácido venenoso. ¿Podía, pues, reconocer el enamorado mancebo un fanatismo tan cuidadosamente

oculto? Tales fueron las sensaciones que experimentó Granville durante aquella quincena devorada como un libro cuyo desenlace interesa al lector. Le pareció que era Angélica la más tierna de todas las mujeres y le sorprendió el pensar que tenía que agradecer á la señora Bontems su acierto en inculcarle tan sólidos principios religiosos, preparándola así á aceptar todas las amarguras de la vida. El día en que se firmó el fatal contrato, la viuda le hizo jurar solemnemente que respetaría las prácticas religiosas de su hija, dejándola en completa libertad de conciencia, y que no se opondría á que comulgase y confesase y fuese á la iglesia tanto como le viniera en antojo, sin contrariarla jamás en lo tocante á la elección de sus directores espirituales. Mirábase la novia con aire tan puro y tan cándido, que no vaciló en asentir á cuanto acababan de exigirle. Una sonrisa indefinible se dibujó en los labios del abate Fontanón, hombre frío que dirigía las conciencias de la casa. En cuanto á la señorita Bontems, sólo prometió, haciendo un ligero movimiento de cabeza, que no abusaría de la libertad que su futuro le otorgaba. Entretanto, el conde silbó suavemente el aire de «*Vete á ver si vienen!*»

Después de algunos días concedidos á la tornaboda, tan famosa en provincias, Granville y su mujer se trasladaron á París donde llamaba á aquél su nombramiento de abogado general cerca del consejo imperial del Sena. Cuando buscaron casa, empleó Angélica todo el influjo que da á las mujeres la luna de miel para que su esposo se decidiera á tomar una hermosa habitación situada en el piso bajo de un hotel que hacía esquina en las calles *Vielle-Rue-du-Temple* y *Neuve-Saint-François*. El principal motivo que tuvo fué el de que se encontrase á dos pasos de la calle de Orleans, donde había una iglesia, casi junto á la capillita situada en la de *Saint-Louis*. «La mujer de su casa hace provisiones», le respondió riendo su marido. Obligóle á observar ella razonablemente que el barrio del *Marais* está muy cerca del Palacio de Justicia, y que los magistrados, á quienes acababan de visitar, vivían allí. Avaloraba la casa un jardín bastante vasto, sobre todo para las exigencias de un matrimonio joven, y los hijos, si el cielo los enviaba, podrían respirar libremente el aire; el patio era espacioso y las caballerizas preciosas. El abogido deseaba vivir en un hotel de la *Chausée-d'Antin*, donde todo respira con la viveza alegre de las modernas construcciones,

donde la moda triunfa, donde el gentío que puebla los *bulevares* brilla por su elegancia, y desde donde no se necesita andar mucho para asistir á los teatros y hallarse en el barullo de las distracciones; pero tuvo que ceder á los embelesos de una dama que pedía su primer favor, y se enterró, por complacerla, en el Marais. Las tareas le obligaron á un trabajo tanto más asiduo cuanto que no estaba impuesto de su cargo aún, y de ahí que procurase ante todo dejar arregladas sus habitaciones y su biblioteca; acomodóse en seguida en un despacho lleno de legajos, y dejó á su mujer que se las compusiera con el decorado de la casa. Y dejó de tan buena gana á Angélica en la fastidiosa labor de ir formando el nido y de escoger los primeros accesorios, que suelen ser origen de tantos placenteros recuerdos para los recién casados, cuanto ya se veía obligado á no estar junto á su esposa más de lo que permitían las exigencias de la luna de miel, lo cual no dejaba de molestarle. Sólo una vez le permitió, estando ya muy metido en sus ocupaciones, que le sacara de su gabinete para enseñarle el efecto que hacía el mueblaje y los adornos, que no había visto en conjunto, sino aisladamente.

Si á juzgar por lo que reza el adagio, es cierto que se puede juzgar á la mujer viendo la puerta de su casa, más fielmente darán idea de su espíritu las ideas interiores. Y como es posible que la señora de Granville hubiera impreso su propio carácter á un mundo de enseres elegidos y dispuestos por ella, resultó que el magistrado no pudo menos de sorprenderse al notar el sello seco, de fría solemnidad que reinaba en las piezas todas: no había gracia en ninguna parte; todo era desacorde y nada recreaba los ojos. El mismo espíritu de rectitud y de urbanidad que notara en el locutorio de Bayeux revivía en su hotel bajo los anchos artesonados huecos, que adornaban esos arabescos de líneas retorcidas que acusan tan mal gusto en quien los escoge. Como deseaba disculpar á su mujer, volvió al examen, empezando por el recibidor, que era grande y alto de techo. El color de la madera era demasiado oscuro, tétrico; y el terciopelo, de un verde muy pronunciado, escogido para cubrir los asientos, contribuía á hacer más pesada y grave esta pieza, que no por menos importante, deja de predisponer al que entra en una casa, para su juicio, del mismo modo que se suele prejuzgar del carácter de un hombre por la primera

frase que pronuncia. El recibidor es como una especie de prefacio, que debe dar idea de lo que sigue, pero sin prometer en definitiva cosa alguna. El sustituto se preguntó si era posible que su esposa hubiera elegido la lámpara de forma antigua que oscilaba en el centro de aquella sala desnuda, con el suelo de mármol á cuadros blancos y negros, y tapizada de papel figurando hiladas de piedras labradas de sillería con manchas de un á modo de musgo verde. Había un barómetro, no por costoso, menos antiguo, adosado á una de las paredes, como para aumentar la impresión del vacío. El hombre miró á su mujer, y la vió tan contenta de los galones rojos que adornaban las cortinas de percal, tan satisfecha por su barómetro y por la *estatua decente*, adorno de una gran estufa gótica, que no tuvo valor para destruir sus ilusiones. En vez de condenar á su esposa, Granville se condenó á sí mismo, acusándose de haber olvidado sus deberes que le ponían en el caso de servir de guía en París á una joven educada en Bayeux. Teniendo presente esta muestra ¿quién no adivinaría el decorado de los demás departamentos? ¿Qué se iba á esperar de una joven á quien asustaba el ver las piernas de una cariátide y que rechazaba un candelabro, un mueble cualquiera, desde que descubría la desnudez de un torso egipcio? En la época citada rayaba en el apogeo de su gloria la escuela de David y dominaba la corrección de su dibujo, notándose en todo la influencia de su afición á las formas antiguas, que convirtió hasta cierto punto su pintura en una especie de escultura con colores. Pero ninguno de los inventos que resaltaban en el lujo imperialista obtuvo carta de naturaleza en casa de la señora de Granville. El inmenso salón cuadrado de su hotel conservó el blanco y el oro pálidos y descoloridos que luciera en época de Luis XV, donde había prodigado el arquitecto rayas y más rayas en figuras geométricas, y los insostenibles festones debidos á la estéril fecundidad de los diseños que privaban entonces. Y si por lo menos hubiese armonizado el conjunto; si los muebles hubiesen dado á la caoba nueva apariencia de los contornos puestos en boga por el maleado gusto de Boucher, la casa de Angélica sólo habría ofrecido el contraste gracioso de dos jóvenes que vivieran en el siglo diez y nueve como si se hallasen aún en el diez y ocho; pero no era así; había toda una confusión de objetos que producían no sé qué antítesis ridículas. Las consolas, los relojes de so-

bremesa, los candelabros representaban todos esos atributos guerreros que los triunfos del imperio hicieron tan estimables en París. Los cascos griegos, las espadas romanas cruzadas, los escudos que realzó el entusiasmo militar y que decoraban hasta los muebles más pacíficos, no casaban ciertamente con los delicados é historiados arabescos, delicia de la Pompadour. La devoción conduce muchas veces á cierta humildad fatigosa, rara, que no está reñida, sin embargo, con el orgullo. Ya por modestia, ya porque á ello rependiesen sus gustos, parecía que la señora de Granville repugnaba los colores suaves y claros. Es posible que imaginara que la púrpura y el negro convenían á la dignidad del magistrado. Pero ¿cómo podría una joven, acostumbrada á las prácticas austeras, avenirse con esos voluptuosos divanes que inspiran malos pensamientos, esos gabinetitos pérfidos y elegantes donde comienza la iniciación del pecado? El pobre esposo no tuvo consuelo. Por el tono con que aprobaba los elogios que su mujer hacía de su obra, notó ella que nada de todo aquello complacía á su marido; y manifestó tanto pesar por no haber logrado salir victoriosa en su empeño, que el enamorado Granville vió una prueba más de ternura en lo que no eran sino manifestaciones de la vanidad herida. ¿Qué más pudiera hacer una joven trasplantada de las vulgaridades que infestan las ideas de los provincianos, inhábil para las coqueterías y la elegancia de la existencia parisién? El magistrado prefirió creer que en la elección de su esposa habían influido los proveedores, antes que confesarse la terrible verdad. De estar menos ciego por el amor que sentía, hubiera visto que los comerciantes, tan duchos en adivinar el carácter de sus parroquianos, debían haber bendecido á la providencia que les mandaba una devota joven y sin gusto, para ayudarles á desprenderse de objetos arrinconados por falta de actualidad. Consoló, pues, á su linda normanda.

—La felicidad, mi querida Angélica, no está en un mueble más ó menos elegante, sino que depende de que la mujer sea dulce, complaciente, amorosa.

—Mi deber es amarte, y no habrá deber que cumpla jamás tan á mi gusto—replicó mimosamente ella.

Ha puesto la naturaleza en el corazón de la mujer tal deseo de agradar, tanto anhelo de cariño, que aun entre las más devotas ocurre que los primeros goces del himeneo

obscurcen todos sus pensamientos de salvación eterna. Por eso, sin duda, vivieron en adorable paz los dos esposos desde el mes de abril, época en que contrajeron matrimonio, hasta principios del invierno. El amor y el trabajo tienen la virtud de hacer que el hombre mire con indiferencia todo lo que se agita en torno suyo. Obligado á pasar en el Palacio de Justicia la mitad del día y á discutir los graves intereses de la existencia ó de la fortuna de los hombres, Granville no pudo, como otros, notar ciertos pormenores del interior de su casa. Si comía de vigilia los viernes, y por casualidad buscaba un plato de carne, sin que se le sirviera, su mujer, á quien el Evangelio prohibía mentir, halló pretextos, empleando toda la astucia inocente permitida cuando se emplea en interés de la religión, disculpándose con su aturdimiento, ó quejándose de que el mercado estuviera mal servido; á lo mejor lo hacía á costas del cocinero y aun llegaba á reñirle. Entonces, los magistrados jóvenes no eran meticulosos en materia de ayunos ni en respetar las témporas y las visperas de fiesta, y Granville no observó, por tanto, en un principio la regularidad de estas comidas, que tuvo buen cuidado su mujer de hacer apetitosas, sirviéndole cercetas, gallinetas, pasteles ó pescado cuyas carnes anfibias y cuyos condimentos engañaban fácilmente el paladar. Vivía el buen curial como el más escrupuloso ortodoxo, sin darse cata de ello. Ignoraba si su mujer iba ó no á misa los días de trabajo, y los domingos, por una condescendencia muy natural, la acompañaba á la iglesia, como para corresponder á que ella le sacrificase de cuando en cuando las visperas; no pudo, de consiguiente, abarcar en toda su extensión la rigidez de costumbres religiosas que caracterizaban á su mitad. Como el calor hacía intolerable la asistencia á los espectáculos públicos, no tuvo Granville ocasión en todo el verano de proponer la asistencia á este género de diversiones; ninguna obra de éxito figuró en el cartel, y el peligro del teatro pasó fácilmente. Hay que considerar también que en el primer período del matrimonio, cuando el hombre lo contrae subyugado por la belleza de su amada, le es muy difícil ser exigente en sus goces. La juventud es más golosa que glotona, y, por otra parte, en la posesión sólo hay una especie de embeleso.

¿Cómo es posible fijarse en la frialdad, la digna actitud, ó la reserva de la mujer, cuando se la mira á través de

la exaltación que nos produce y la colorea el brillo de nuestro propio apasionamiento? Es preciso llegar á ciertas alturas tranquilas de la existencia conyugal para ver que una devota espera el amor con los brazos cruzados. Creyóse Granville feliz, hasta el instante en que un acontecimiento funesto vino á influir en los destinos de su casa. En noviembre de 1808 se trasladó á París el canónigo de la catedral de Bayeux, que había dirigido tiempos pasados á la señora Bontems y á su hija y le arrastraba la ambición de plantarse en uno de los curatos de la capital, puesto que creía, sin duda, escabel necesario para elevarse al obispado. Al recordar el dominio sobre su oveja, asustóse de ver cómo la habían revuelto los aires de París, y trató de atraerla nuevamente al frío redil. Asustada por las amonestaciones del ex canónigo, hombre de treinta y ocho años próximamente, que aportaba al clero de París, tan tolerante y tan ilustrado, el rigor del catolicismo provincial, la gazmoñería inflexible, cuyas múltiples exigencias son otros tantos lazos para cazar á las almas timoratas, hizo penitencia la señora de Granville y cayó otra vez en sus exageraciones jansenistas. Fuera muy pesado el ir refiriendo todos los incidentes que de una manera insensible sembraron la discordia y la desolación en el seno de esta familia, y bastará con que se apunten los principales sin ordenarlos con escrupulosa exactitud. La primera desavenencia fué ruidosa. Cuando Granville hizo frecuentar á su mujer el trato de sociedad, no se negó ella á concurrir á las reuniones serias, á comidas y conciertos, á las visitas de los magistrados que estaban más altos que su marido en la jerarquía de la judicatura; pero supo quejarse de fuertes migrañas, durante largo espacio de tiempo, si se trataba de algún baile. Un día, aburrido Granville de estas indisposiciones de encargo, ocultó la carta que anunciaba un baile en casa de un consejero de Estado; engañó á su esposa, transmitiéndole una invitación verbal, y cuando llegó la noche, en que, por cierto, la salud de la dama no anunciaba perturbación ninguna, la transportó á la mágica fiesta.

—Querida mía—le dijo al regreso, ofendido por el aire triste que aparentaba en su rostro,—tu condición de mujer, el rango que ocupas en sociedad y la fortuna que tienes te imponen deberes que ninguna ley divina puede abrogar. ¿No eres la gloria de tu marido? Pues debes ir al baile si yo voy y presentarte convenientemente.

—Pero, amigo mío, ¿qué hay en mi tocado de censurable?

—Se trata de tus modales, querida. Cuando uno se acerca á ti y te habla, te pones tan seria, que todo el que piense mal puede creer en la fragilidad de tu virtud. Parece que temes el que una sonrisa no te comprometa. Estabas en ademán de pedir á Dios el perdón de los pecados que pudieran cometerse al lado tuyo. La sociedad, ángel mío, no tiene nada de convento. Pero, puesto que hablas del tocado, te confesaré que tienes también la obligación de seguir las modas y los usos de las gentes.

—¿Quisieras que enseñase yo mis formas, como esas damas desvergonzadas, que llevan el descote de modo que incitan á que caigan las miradas impúdicas sobre las espaldas desnudas, sobre...?

—Hay diferencia—interrumpió el sustituto—entre descubrir todo el busto y dar gracia al talle. Llevas una triple hilera de colmenas de tisú que te tapan el cuello hasta la barba. No se diría sino que exiges á tu modista que quite toda forma airosa á tus espaldas y al contorno de tu seno, con tanto cuidado que emplea una coqueta en obtener de la suya que dibuje bien las formas más ocultas. El busto va sepultado bajo tal número de pliegues y repliegues, que no había quien no se burlase de tu afectada reserva. Te haría sufrir repitiéndote las frases ridículas que has inspirado.

—Aquellos á quienes tales obscenidades halagan no cargarán con el peso de nuestras faltas—respondió secamente la joven.

—¿No has bailado?—preguntó Granville.

—No bailaré nunca.

—¡Si yo te dijera que debes bailar!—adujo vivamente el juez.—Sí, debes seguir las modas, y hacer que brillen en tus cabellos las flores y los diamantes. Ten presente, hermosa, que los ricos, y ricos somos nosotros, tienen el deber de mantener el lujo en un Estado. ¿No vale más contribuir á que prosperen las industrias, que derrochar el dinero en limosnas por la mano de los clérigos?

—Hablas como hombre de Estado—dijo Angélica.

—Y como hombre de iglesia tú—replicó él vivamente.

La discusión fué ya muy agria. La señora de Granville dió á sus respuestas, siempre dulces y pronunciadas con voz tan clara como la campanilla de una iglesia, tanta terquedad, que

á la legua se descubría la influencia clerical. Cuando apeló á los derechos que le concedía la promesa de Granville y dijo que el confesor le prohibía ante todo asistir á los bailes, intentó el magistrado probarle que el cura traspasaba las leyes eclesiásticas. La disputa odiosa, teológica, fué renovada con mucha más violencia, y la hicieron más áspera uno y otro cuando él quiso llevarla al teatro. Por último, queriendo el magistrado abrir brecha en el pernicioso influjo que ejercía en el ánimo de su mujer el ex canónigo, condujo la disputa de modo que la señora de Granville, aceptando el reto que él hacía, escribiese á la corte de Roma preguntando si podía una mujer, sin comprometer su salvación, llevar descote, ir á los bailes y á los espectáculos para agradar á su marido. No tardó la respuesta del venerable Pío VII, condenando severamente la resistencia de la esposa y reprendiendo al confesor. Esta carta, verdadero catecismo conyugal, parecía dictada por la voz tierna de Fenelón, cuya dulzura y cuya gracia respiraba en sus párrafos. «Una mujer va bien por todas partes adonde la conduce su marido. Si obedeciéndole comete pecado, no será ella quien tenga que responder en su día». Estos dos pasajes de la homilía del papa hicieron que le tildaran de irreligioso la señora de Granville y su director espiritual. Pero antes de que llegara el breve pontificio, notó el sustituto la estricta observancia que su cónyuge le imponía los días de ayuno, y ordenó á sus criados que le sirvieran carne todo el año. Por mucho disgusto que causara á Angélica la orden, Granville, á quien tanto le importaban las comidas fuertes como las de vigilia, mantúvola con firmeza varonil. La más débil de todas las criaturas pensadoras ¿no se ve herida en lo más estimable de su ser cuando cumple, por instigaciones de otra voluntad distinta que la suya, lo que hubiera hecho naturalmente? La tiranía más odiosa es aquella que priva de continuo al alma del mérito de sus actos y de sus pensamientos: se abdica así sin haber reinado. No se pronuncia la palabra más dulce ni se manifiesta el sentimiento más tierno cuando creemos que se nos manda obedecer. Renunció luego el magistrado á celebrar fiestas y comidas y dejó de recibir á sus amigos. Parecía haber cubierto con crespones su casa; cuando el ama de ella es devota adquiere un aspecto particular: la servidumbre, siempre bajo la vigilancia de la mujer, no se elige sino entre las personas llamadas piadosas y que tienen cara de tales.

Lo mismo que el muchacho más jovial que entre en la policía tendrá la cara de un gendarme, ocurre que los que se entregan á las prácticas de devoción adquieren un carácter fisonómico uniforme; el hábito de bajar los ojos y guardar una actitud compungida les reviste de una librea hipócrita que los trapaceros saben llevar de una manera maravillosa. Después, los devotos forman una especie de república; se conocen todos: los criados que mutuamente se recomiendan son como raza aparte conservada por ellos, del modo que esos aficionados á los caballos no admiten uno en sus cuadras sin conocer perfectamente su origen. Cuanto más examinan los supuestos impíos una casa devota, tanto más observan que todo lleva allí el sello de no sé qué desventuras; encuentran á la vez visos de avaricia ó de misterio, como entre los usureros, y esa humedad perfumada por el incienso que enfría las capillas. Ese arreglo sórdido y mezquino en las cosas y la estrechez de ideas que en todo se descubre, no puede indicarse más que con una sola palabra, y esa palabra es *gazmoñería*. En tan siniestras é implacables casas la *gazmoñería* se refleja en los muebles, en las estampas, en los cuadros: el hablar es de mojigatos, como el silencio que reina y los rostros que se ven. La transformación de los seres y de los objetos en mojigatería es misterio inexplicable, pero el hecho es que se nota. Todo el mundo puede haber observado que los beatos no andan, ni se sientan, ni hablan, como hablan, se sientan y andan el resto de los mortales; están ceñudos, no ríen, la rigidez, la simetría reinan en todo, desde el gorro de la señora hasta su acerico de alfileres. Las miradas no son francas y abiertas; las gentes pasan como sombras y el ama parece que se ha sentado en un trono de hielo. Observó una mañana dolorosamente el pobre Granville todos los síntomas de la mojigatería en su casa. Se ven en el mundo ciertas sociedades en que existen los mismos efectos, sin que los produzcan las mismas causas. El aburrimiento traza alrededor de estas casas desgraciadas un círculo de hierro que encierra todo el horror del desierto y todo lo infinito del vacío. El hogar no es entonces una tumba, sino algo peor, un convento. Hallándose ya metido en esta esfera glacial, juzgó el magistrado á su mujer desapasionadamente: notó, con pena vivísima, la estrechez de sus ideas, que se revelaban en el modo como los cabellos estaban peinados sobre la frente humilde y ligeramente sombreada; vió

en la regularidad uniforme de los rasgos fisonómicos no sé qué de firme, de rígido, que le hizo aborrecible la fingida dulzura que le sugestionara antes. Adivinó que algún día, cuando le ocurriese cualquier desgracia, podían decirle aquellos labios delgados: «Es por tu bien, amigo mío». La cara de la señora de Granville adquirió un tinte pálido, una expresión seria que mataba la alegría de todos los que se le acercaban. ¿Operóse este cambio, gracias á las costumbres ascéticas de una devoción que no es piedad, como no es la avaricia, economía? ¿era producto de esa sequedad que caracteriza á los mojigatos? Sería difícil acertarlo; acaso la belleza fría es una impostura. La imperturbable sonrisa que animaba su rostro mirando á Granville parecía en la dama una fórmula jesuítica de felicidad con que creía corresponder á todas las exigencias del matrimonio; su indulgencia hería, su belleza, no iluminada por el fuego de la pasión, antojábaseles monstruosa á cuantos la conocían, y la más dulce de sus palabras molestaba: no obraba obediente al sentimiento, sino al deber. Defectos tienen las mujeres que pueden corregir las lecciones de la experiencia ó del marido, pero no hay nada que destruya la tiranía de las falsas ideas religiosas. La eternidad bienaventurada que tratan de conquistar, puesta en la balanza contra el goce mundano, triunfa de todo y hace llevarlo todo pacientemente. ¿No es eso el egoísmo divinizado, el yo más allá de la tumba? Resultó, pues, condenado el papa en el tribunal del infalible canónigo y de la devota. No cometer ninguna culpa es el sentimiento que reemplaza á todos los demás en estas almas despóticas. Hacía algún tiempo que combatían las ideas de los dos esposos, y el magistrado se cansó pronto de sostener una lucha que no acabaría jamás. ¿Qué hombre, por carácter que tenga, resiste á la vista de un rostro amorosamente hipócrita y á una exhortación categórica opuesta á los menores deseos? ¿Qué partido tomar contra una mujer que se sirve de la pasión que se le profesa para proteger su insensibilidad, que parece resuelta á seguir dulcemente inexorable, y mira á un marido como si fuera instrumento de Dios, como un mal cuyos azotes le evitan los del purgatorio? ¿Cómo se dará idea de esas mujeres que hacen odiar la virtud ofendiendo los preceptos más dulces de la religión que san Juan resumía así: «Amaos los unos á los otros»? Si había en las tiendas un solo sombrero condenado á quedar de muestra ó á

ser remitido á las colonias, seguro estaba Granville de que adornaría la cabeza de su esposa; si se fabricaba una tela de colores ó dibujos poco afortunados, con ella se disfrazaba. Esas pobres beatas son desesperantes en su tocado. La pérdida del gusto es uno de los defectos inseparables de su hipócrita devoción. Así, en la íntima existencia, que no puede llevarse sin las mayores expansiones del ánimo, se encontró Granville sin compañía. Y solo fué por el mundo á las fiestas, adonde podían darle un poco de bullicio. Nada simpaticizaba en su casa con él. Entre su cama y la de Angélica había un gran crucifijo colocado allí como si fuese el símbolo de su destino. ¿No representa á la divinidad condenada á muerte, al hombre dios muerto en toda la belleza de la vida y de la juventud? El marfil de aquella cruz era menos frío que Angélica crucificando á su esposo en nombre de la virtud. Entre las dos camas nació el infortunio: porque la esposa sólo veía obligaciones que llenar en los placeres de himeneo. Allí fué, un miércoles de ceniza, donde se levantó la observancia de los ayunos, pálida y lívida figura, que con voz seca ordenó una cuaresma absoluta, sin que Granville juzgase oportuno escribir esta vez al papa, á fin de obtener un consejo del consistorio sobre la manera de cumplir este formalismo. La desgracia del pobre magistrado fué inmedible: ya no le quedaba ni el recurso de quejarse. ¿Qué tenía que decir? Poseía una mujer joven, linda, fiel á sus deberes, virtuosa, ¡modelo de todas las virtudes! Paría cada año un hijo, los alimentaba á sus propios pechos y los educaba en sanos principios. La caritativa Angélica fué elevada al rango de ángel. Las viejas que componían la sociedad en que vivía (pues en esta época las jóvenes no gustaban de lanzarse, por no ser aun de buen tono en la senda de la santidad) admiraron la abnegada conducta de la señora de Granville, considerándola, ya que no virgen, por lo menos mártir. Acusaron, no los escrúpulos de la mujer, sino la brutalidad procreadora del marido. Insensiblemente, Granville, agobiado por sus tareas, hastiado de placeres y cansado del mundo en que erraba solitario, cayó, hacia los treinta años, en el marasmo más horroroso. Le fué odiosa la existencia. Como considerase que las obligaciones de su cargo no le permitían dar ejemplo de una vida irregular, procuró aturdirse en el trabajo, y emprendió entonces una gran obra sobre el derecho. Pero no gozó mucho tiempo de la tranquili-

dad monástica con que contaba. Cuando la celeste Angélica vió que desertaba de las fiestas mundanales y trabajaba con bastante regularidad en su domicilio, intentó convertirle. Era un gran desconuelo para ella saber que su marido profesaba creencias poco ortodoxas, y lloraba alguna vez pensando que si su marido perecía sorprenderíale la muerte en la impenitencia, sin que pudiera confiar nunca en poder arrancarle de las llamas eternas del infierno. Granville se vió, pues, forzado á resistir el embate de las vulgares ideas, de los razonamientos vacíos, de los pensamientos estrechos y tontos con que su mujer, creyendo que había conseguido la primera victoria, trataba de alcanzar la segunda, atrayéndole al regazo de la iglesia. Fué este el último golpe. ¿Hay algo más aflictivo que esas luchas sordas en que la obstinación de los devotos pretenden vencer de la dialéctica de un magistrado? ¿Qué puede ser más horroroso que esas agrias quisquillas á las cuales prefieren las gentes amorosas una puñalada? Granville huyó de la casa donde todo le era insostenible: sus hijos, avasallados por el despótico y frío poder de la madre, no se aventuraban á ir con su padre al teatro y no alcanzaba á proporcionarles distracción alguna sin atraerles castigos y más castigos de la tirana. Se vió arrastrado, aquel hombre tan amante, á la indiferencia egoísta y peor que la muerte. Salvó por lo menos de este infierno, llevándolos en edad temprana al colegio y reservándose el derecho de dirigir su educación. Rara vez intervenía entre la madre y las hijas, pero resolvió casarlas tan pronto como estuviesen en la pubertad. Nada hubiera justificado que adoptase una resolución violenta y extrema. Apoyada su esposa por un formidable escuadrón de viudas de calidad y nobles viejas, le hubiera hecho que le condenara el mundo entero. No tuvo otro recurso que vivir en un aislamiento completo; pero vencido por la tiranía de su desgracia, sus rasgos fisonómicos, marchitos á fuerza de amarguras y de trabajos, le inspiraban repugnancia á él mismo. Para colmo de males le asustaban sus relaciones, su trato con las damas aristócratas cerca de las cuales desesperó hallar consuelo alguno.

La historia, llena de enseñanzas, de este triste casamiento no ofreció escena ninguna digna de ser consignada en los quince años que corrieron de 1806 á 1821. La señora de Granville continuó siendo la misma cuando perdió el cora-

zón de su marido que durante los días en que se llamaba feliz. Pagó algunas novenas para rogar á Dios y á los santos que la iluminasen mostrándole los defectos que disgustaban á su esposo y los medios de recoger á la oveja descarriada; pero cuanto más fervorosas eran sus súplicas, menos compaña hacía Granville por la casa. Hacía unos cinco años que el abogado, á quien la Restauración concedió altos empleos en la magistratura, ocupaba el entresuelo de su hotel para evitar la vida en común con la condesa de Granville. Cada mañana ocurría una escena, que, si hay que creer á los maldicientes, se repite en el interior de muchos hogares, producida por ciertas incompatibilidades de carácter, por dolencias morales ó físicas, ó por las extravagancias que arrastran á no pocos matrimonios á las desventuras que vamos trazando en este cuento. A las ocho de la mañana, una doncella, muy parecida á las religiosas, llamaba en la puerta del conde de Granville. Introducida en el salón anterior al gabinete del magistrado, repetía al ayuda de cámara, y siempre en el mismo tono, el mensaje de la vispera:

—La señora me manda á preguntar al señor conde si ha pasado la noche bien, y si tendrá el gusto de almorzar en su compañía.

—El señor—contestaba el criado, después de haber transmitido la pregunta á su amo—presenta sus respetos á la señora condesa, y le suplica que acepte sus excusas; un asunto importante le obliga á correr al Palacio.

Un instante después se presentaba de nuevo la doncella, inquiriendo, de parte de su señora, si tendría la dicha de ver al señor conde antes de salir.

—Ya se ha ido—respondía el ayuda de cámara, y era muy frecuente que el cabriolé estuviera aún en el patio.

Este diálogo por medio de embajadores llegó á constituir el ritual cotidiano. El criado de Granville, que, favorito de su señor, había sido causa de muchas disputas en el hogar por su irreligión y por el relajamiento de sus costumbres, entraba por fórmula alguna vez en el cuarto donde su amo no estaba ya y volvía con las respuestas de rúbrica. La afligida esposa acechaba siempre el regreso de su marido y se colocaba en las gradas exteriores á fin de salirle al paso y presentársele como un remordimiento. La quisquilla minuciosa que anima los caracteres monásticos constituía el fondo del de la señora de Granville, quien entonces, á